

—Tal vez sea esto lo que me tiene tan nerviosa —dijo.—La verdad es que antes de usar esta pulsera desconocida, nunca fui tan tonta que viese fantasmas en mis ventanas...

Y arrojó la pulsera al mar.

Raimundo no trató de impedirselo.

—¡Te aseguro que no me disgusta esta solución!—dijo.—Te regalaré un anillo, como hace en Francia cada hijo de vecino, y por lo menos sabremos de qué joyería procede!...

Todos se fueron a descansar. La noche transcurrió sin incidentes. Pero a eso de las siete de la mañana, un grito horrible, que resonó en el cuarto ocupado por María Teresa, obligó a Raimundo y a los criados a precipitarse en aquella dirección...

Penetraron en la habitación. María Teresa estaba sentada en la cama, jadeante, con la mirada extraviada. Contemplábase fijamente el brazo. María Teresa acababa de despertarse con "la pulsera del Sol de oro"!...

LIBRO SEGUNDO

LA EVOCACIÓN DEL PASADO

EL suceso era tan extraordinario, que Raimundo experimentó un terror casi tan grande como el de María Teresa. No sabía qué decir al ver el espanto de la joven. La víspera por la noche la había visto arrojar la pulsera al mar desde lo alto del balcón, ¡y he aquí que al despertar la infernal alhaja brillaba de nuevo en el brazo de su prometida!

¿No había motivo para que se preocupasen hasta los más escépticos?

Recordó, repentinamente, todas las consejas que le habían contado las dos ancianas, y en vano trataba de rechazar la idea de la cruel leyenda. Esta se aparecía ante ambos jóvenes en todo su horror.

En aquel momento, el marqués y Francisco Gaspar, atraídos por los gritos y la agitación de los criados, entraron en la alcoba. Vieron a los

dos jóvenes mudos y despavoridos. Cristóbal, temiéndolo alguna catástrofe, pidió precipitadamente algunas explicaciones que en el acto le dieron. Le dijeron la verdad. Raimundo le confesó que, a ruegos de María Teresa, había cargado con la responsabilidad del envío de una joya cuyo origen ignoraba, y contó cómo la joven, antes de retirarse a descansar, se había desembarazado brutalmente de la pulsera fatal.

María Teresa temblaba de fiebre. Su padre la estrechó en su brazos.

Más que el relato de aquella inverosímil aventura, impresionó a Cristóbal el estado de su hija. La había visto siempre tan dueña de sí misma, aun en las circunstancias más difíciles, que experimentaba, a su vez, invencible angustia al verla tan "medrosa" ante aquel misterio.

En cuanto a Francisco Gaspar, entusiasmado en el fondo al ver el giro que tomaban los acontecimientos, destinados a proporcionarle materia para uno de los capítulos más interesantes de su viaje trasatlántico, repetía: ¡No es posible!... ¡No es posible!...

Y tan posible era, que todo se explicó de la manera más sencilla y hasta de la manera más prosaica.

Conchita volvió de la compra.

Regresaba de Ancón y llegaba desalada con el propósito de ayudar a su ama a vestirse. Encontró la casa en conmoción, y arriba, en la alcoba de María Teresa, a toda la familia reunida alrededor de la famosa "pulsera del Sol de oro".

Entonces, con infantil ingenuidad, contó que al dirigirse a primera hora al mercado por el camino de la playa, como tenía por costumbre, había visto brillar una cosa en la arena. Se agachó y recogió la maciza pulsera del Sol de oro, medio enterrada ya. Reconoció la alhaja por haberla visto la víspera en el brazo de su ama, y no dudó que ésta la había dejado caer, sin advertirlo, desde lo alto del balcón. Conchita, que quería a su ama, corrió, contentísima, a la alcoba de María Teresa. Esta dormía aún. No la despertó, pero le puso la pulsera en la muñeca con conmovedora solitud. Y a esto se reducía la aventura que había estado a punto de trastornar los cerebros mejor equilibrados. Una carcajada general acogió el fin del relato de Conchita, que huyó sofocadísima y algo avergonzada.

—¡Estamos locos todos! — exclamó el marqués.

—¡Esa pulsera acabará por hacernos perder el juicio!—dijo Raimundo.—Es menester que nos desembaracemos de ella a todo trance.

—¡Guárdate de ello! ¡volvería de nuevo a mi poder, y esta vez no respondería ya de mi razón!—replicó María Teresa que, en aquel momento, reía lo mismo que los demás y hasta algo más nerviosamente que los demás—. ¿Saben ustedes lo que debemos hacer?—añadió—. Pasearnos, cambiar de aires... hacer una excursión a la montaña, enseñar la "sierra" a Raimundo y a monsieur Ozoux. Hoy volveremos a Lima. No les diremos nada a la tía Inés ni a Irene, que nos ca-

lentarían más la cabeza. Yo iré con Raimundo a dar una vuelta por el Callao, en donde ustedes se reunirán con nosotros. Allí tomaré las disposiciones necesarias y daré mis órdenes para que los negocios no padezcan con mi ausencia. Por la noche tomaremos todos el vapor.

—¡El vapor para ir a la sierra!—exclamó Cristóbal.

—¡El vapor para ir a Pacasmayo, querido padre!

—¡Pacasmayo; pero si acabamos de venir de allí!—gimió Francisco—. Permanecemos cuatro horas frente a aquella costa que no ofrece ningún atractivo.

—¿Que no ofrece ningún atractivo, querido monsieur Ozoux?—replicó María Teresa—. ¿Dice usted que no ofrece ningún atractivo? ¿Sabe usted adónde se va desde Pacasmayo?... ¿No, no lo sabe usted? Pues bien; voy a decírselo: ¡Se va a Cajamarca!

Francisco Gaspar se llevó la mano al corazón.

—¡A Cajamarca... la antigua Caxamarxa de los incas!

—Usted lo ha dicho, señor académico.

—¡El sueño de toda mi vida!

—Pues bien; vamos a realizarle, querido maestro, y al mismo tiempo, querido papá, averiguaremos el nombre del misterioso remitente de esta misteriosa joya, ya que la pulsera del Sol de oro me la han enviado directamente de Cajamarca.

—¡Tienes razón, hija mía!—aprobó Cristóbal; —decididamente es preciso saber a qué atenerse acerca de este enojoso asunto.

—Y si es una broma de uno de mis pretendientes desahuciados—añadió María Teresa, que jugueteaba con la pulsera—, tengan ustedes la seguridad de que me la pagará. ¡Bien se reirán en Lima!

Tras estas palabras echó a todos de su cuarto y llamó, para que la ayudase a vestirse, a Conchita, la cual llegó en el momento oportuno para recibir un soberbio bofetón, destinado a enseñarle a despertar a su ama el día en que volviese a encontrar una pulsera “del Sol de oro” en la arena de la playa. La niña, sorprendida al verse tratada de aquella manera, no pudo contener las lágrimas. Entonces, la joven la atracó de caramelos. María Teresa no se conocía. Hubiese querido estar tranquila, y cada uno de sus movimientos revelaba su excitación. Sobre todo no se perdonaba el haber tenido miedo.

Puede decirse, en principio, que en el Perú no existen caminos y que al lado de la carretera enlosada, construída por los incas, que atravesaba todo el país, desde los confines de Bolivia a la capital del Ecuador, y comparada con la cual las obras más grandiosas de la época galo-romana representan una suma de trabajo insignificante, los caminos actuales no son, en realidad, sino verdaderos caminos de herradura (1). De ahí la necesidad, cuando se quiere penetrar en el interior del Perú, de dirigirse por mar a un punto cualquiera de la “Costa”, para tomar uno de esos fe-

(1) «El Perú», por Paul Walle.

rocarriles que, atravesando los Andes, llevan a los viajeros al corazón de la "Sierra". Porque el Perú, físicamente, se divide en tres zonas paralelas al mar: la "Costa", que se eleva gradualmente desde el borde del Océano hasta una altura de 1.500 a 2.000 metros en la vertiente occidental de los Andes; y la "Sierra", cerros y mesetas, que comprende la región intra-andina, cuya altitud varía entre 2.000 y 4.000 metros; y por último la "Montaña" (región de los bosques) que se extiende por junto al Amazonas, con una altitud decreciente de 2.000 a 500 metros. Entre estas tres zonas, todo difiere: aspecto, clima y producciones.

La "Costa" es rica; la "Sierra" ofrece valles rientes y relativamente templados; la "Montaña" presenta el aspecto de un verdadero océano de verdor. Lo más curioso de este curioso país es la multiplicidad de sus aspectos en un espacio relativamente reducido. Como para penetrar en la "Sierra" es preciso subir a una de las montañas más altas del mundo y a una montaña emplazada en las regiones ecuatoriales, ocurre que pasa unas cuantas horas en lugares en donde se encuentran reunidos y cultivados los árboles de todas las latitudes, las plantas de todos los climas: el nogal crece al lado de la palmera; la remolacha junto a la caña de azúcar; aquí se ve un huerto lleno de magníficos manzanos; más allá un grupo de plátanos que extiende majestuosamente sus anchas hojas. En este país maravilloso hay hacendados que pueden hacer servir a sus huéspedes, en la misma comida, hielo recogido unas horas antes

en sus tierras, en la región de las nieves, y un limón "dulce", fruto esencialmente tropical, recién cogido en su huerta.

¡Ah, cuántas notas podía tomar Francisco Gaspar! ¡Cuántos espectáculos nuevos! ¡Cuántas maravillas y cuántas hermosas páginas en perspectiva! Raimundo y el marqués y hasta la misma María Teresa se reían de su celo de colegial que no quiere perder un detalle.

LA SOMBRA DEL CONQUISTADOR

ESTUVO a punto de volverse loco una vez que le escondieron su pluma. En fin, se divertían; y parecía que habían olvidado completamente la pulsera de oro, que, por lo demás, había quedado al cuidado de la tía Inés y de la dueña Irene, las cuales no bien se marcharon los viajeros, la llevaron a Santo Domingo, depositándola en el altar de la Virgen, que preserva de los maleficios y conjura los sortilegios.

La llegada a Pacasmayo excitó particularmente la alegría del tío Ozoux. El desembarco se verificó en una enorme almadía que, cediendo al empuje del eterno oleaje, subía unas veces casi hasta la cubierta del vapor, para descender luego a unos cuantos metros más abajo. Para llegar a la almadía era preciso subirse en un tonel que levantaba una cabria; después, cuando el tonel bajaba hasta el nivel de la almadía, no había que hacer más que calcular bien el tiempo para saltar del tonel a la almadía.

María Teresa dió el ejemplo y salió bastante

zairosa de este complicado ejercicio gimnástico; el marqués, que estaba acostumbrado, pareció volar por los aires; Raimundo supo medir el salto de tal suerte, que pudo bajarse del tonel con las manos en los bolsillos; en cuanto a Francisco Gaspar, combinó tan mal su desembarco, que el tonel chocó brutalmente con la almadía en el preciso instante en que el sabio pensaba en otra cosa, por lo que el desdichado miembro del Instituto de Francia, (Academia de Inscripciones y Bellas Letras), salió despedido como por un resorte. Inútil es decir que al llegar a la orilla, el excelente tío Francisco, que estaba aún dominado por la exaltación literaria producida por aquel desembarco excepcional, y que no se había preparado para el inevitable choque, rodó desde la almadía a la arena, en donde la última ola de la "barra" le puso como nuevo. Tuvo que desnudarse a medias y secarse al sol antes de continuar un viaje comenzado bajo tan felices auspicios.

Hasta el día siguiente por la mañana no salieron los viajeros de Pacasmayo, sin que sucediese nada digno de su atención.

Sin embargo, Raimundo hubo de notar la serie de coincidencias por las cuales se agregó a su pequeña caravana cierto "gentleman" de tez un poco cobriza que, de no haber ido vestido con un terno a la última moda, podía haber pasado fácilmente por uno de aquellos tipos de la raza india de Trujillo, de la cual Huáscar era, indudablemente, uno de los más gallardos representantes. Pero el viajero llevaba su traje con soltura, y durante

el camino había estado muy cortés, especialmente con María Teresa, a la cual había tenido ocasión de prestar esos servicios que se deben, en viaje, a una mujer, aun cuando no le haya sido uno presentado. Aquel hombre se había embarcado al mismo tiempo que ellos en el Callao; había desembarcado en la misma almadía; había pasado la noche en Pacasmayo, en la misma fonda, y al día siguiente había tomado el mismo tren que ellos para ir a Cajamarca.

El espectáculo que ofrecía la primera Cordillera de los Andes era tan "arrebatador", que nadie advirtió en los primeros momentos que aquel hombre se había deslizado en el coche ocupado por el marqués y sus compañeros. Pero él supo llamarles la atención, y de una manera tan inesperada, que los viajeros, sin darse cuenta exactamente de lo que sucedía o de lo que experimentaban, sintieron inmediatamente un malestar insoportable.

Hasta entonces habían admirado el paisaje y las diversas transformaciones de una naturaleza que cambia constantemente de aspecto; acababan de entrar en los desfiladeros más salvajes que se puedan imaginar, cuando el desconocido dijo con voz grave:

—¿Ven ustedes este circo, señores? Aquí fué en donde Pizarro envió sus primeros mensajeros al último rey de los incas.

Todos volvieron la cabeza. El desconocido no parecía ver a nadie. De pie en la plataforma, con los brazos cruzados, no apartaba los ojos de las rocas al pie de las cuales el aventurero más gran-

de de la tierra se había detenido antes de conquistar un imperio.

—¡ Con ellos iba uno de mis antepasados!— exclamó el marqués.

El desconocido ni siquiera miró a su interlocutor, pero pronunció con una entonación tan extraña esta frase: “¡ Lo sabemos, lo sabemos!”, que Cristóbal y sus compañeros se preguntaron quién sería aquel ente original con quien tenían que habérselas. Su majestuosa inmovilidad no dejaba de preocuparles.

Al fin, tras un instante de silencio, continuó el desconocido:

—Sí, no hemos olvidado que con Pizarro iba un Cristóbal de la Torre. Señor marqués, conocemos vuestra historia. Cuando Pizarro, que había salido de la colonia española de Panamá con la convicción de que al otro lado del Ecuador encontraría un imperio fabuloso más rico que el que Hernán Cortés acababa de ofrecer a Carlos V...; cuando Pizarro, después de arrostrar mil peligros y de agotar todos los recursos, vió que los suyos estaban a punto de abandonarle, sacó la espada y trazó una raya en la arena, de Este a Oeste. Volviéndose inmediatamente hacia el Sur, dijo: “Amigos y compañeros: ¡ Allí nos esperan los trabajos, el abandono y la muerte; en el lado opuesto, el bienestar y la oscuridad; pero también en el Sur hallaremos el Perú y sus riquezas, la gloria, la inmortalidad! ¡ Que cada uno de vosotros tome la resolución más propia de un valeroso castellano! ¡ Yo, por mi parte, me dirijo hacia el Sur!”

Al decir estas palabras, cruzó la línea. Siguióle el bizarro piloto Ruíz y luego Pedro de Candía, caballero natural, como su nombre lo indica, de una de las islas de Grecia. Once más atravesaron sucesivamente la línea, mostrando así su deseo de compartir los trabajos y la gloria de su jefe. Entre estos once estaba Juan Cristóbal de la Torre. ¡ Lo sabemos, “señor”... lo sabemos!...

—Pero, ¿quién es usted, caballero?—preguntó brutalmente el marqués, a quien los modales del desconocido, que, sin embargo, se conducía con la mayor cortesía, comenzaban a exasperar.

El otro pareció no haberlo oído. Continuó como si tributase un homenaje a las hazañas del antepasado:

—¿ No es verdad, señores, no es verdad, señorita, que causa verdadera admiración el espectáculo de aquel reducido número de valientes consagrándose de esta suerte a una empresa audaz y que parecía mucho más difícil que ninguna de las que relataban los anales de la caballería andante? Un puñado de hombres, sin víveres, sin ropas, casi sin armas, se vieron abandonados en una roca solitaria con el propósito confesado de emprender una cruzada contra uno de los imperios más poderosos que jamás han existido, y, sin embargo, no por ello vacilaron en arriesgar sus vidas.

Y entre aquellos hombres había un Cristóbal de la Torre... ¡ Señor marqués, permítame usted que le felicite, y permítame también que le presente a su servidor Huayna Capac Runtu, empleado en el Banco franco-belga de Lima. Pode-

mos viajar juntos, marqués, porque ambos somos nobles. Yo soy de estirpe real. Huayna Capac, rey inca, que no contaba más que diez y seis años cuando sucedió a su padre, tuvo por mujer legítima a Pillan Huaco, que no le dió hijos. Casó en segundas nupcias, con otras dos mujeres legítimas: Rava-Bello y su prima Mama Runtu. ¡Yo soy un descendiente de ese Huayna Capac y de esa Mama Runtu!

—¿De modo que sus jefes le han dado a usted licencia?—preguntó con cierta insolencia el marqués.

Un relámpago cruzó por los ojos de Huayna Capac Runtu.

—Sí—dijo con voz sorda—, mis jefes me han dado licencia para asistir “a la fiesta del Interaymi”...

Raimundo no pudo menos de estremecerse al oír esta frase que tantas veces se había pronunciado con motivo del incidente de “la pulsera del Sol de oro”. Miró a María Teresa, a quien ocupaba el giro que tomaba la conversación entre su padre y aquel singular viajero. Recordaba perfectamente en aquel momento haber visto a aquel individuo en las oficinas del Banco franco-belga, y hasta haber hablado varias veces con él en el Callao, en sus propias oficinas, adonde había ido para liquidar cuentas con motivo de los pedidos de guano fosfatado que hacían desde Amberes. Entonces le había parecido el más insignificante de los empleados de una casa de comercio, y el indio había pasado junto a ella sin dejar más

que una imagen hartó borrosa en su memoria. Sólo en aquel instante en que el pseudo-peruano confesaba con orgullo que era un indio quichúa, descubría en él los rasgos de la raza de Trujillo y el aspecto general que hacían de él un hermano de Huáscar. Sabía por experiencia cuán suspicaces son los indios, y temía que el imprudente marqués desencadenase una tempestad sin darse cuenta. Intervino amablemente:

—La fiesta del “Interaymi”...; ¡pero esa es la fiesta de los indios! ¿Acaso van a celebrarla más particularmente en Cajamarca?—preguntó.

—¡Este año—contestó el indio—se celebrará particularmente en todos los Andes!...

—¿Y no admiten ustedes profanos?... ¡me gustaría muchísimo asistir a esa fiesta, de la que tanto se habla!... Se dicen acerca de ella tantas cosas, tantas cosas...

—Tonterías, señorita, tonterías, créalo usted—replicó el indio, que, ante la noble peruana adoptó nuevamente los modales sencillos de un verdadero chiquillo. Y, sonriendo con una extraña sonrisa, que mostró unos dientes deslumbradores, una mandíbula que a Raimundo le pareció feroz, añadió ceceando ligeramente con voz dulce y apagada:

—¡Ya sé, hablan de sacrificios!...; pero esos son cuentos de viejas... ¡En el “Interaymi” sacrificios humanos!...; pero, mireme usted a mí, con mi terno de casa de Zárate, y dígame si tengo trazas de ir a presenciar una matanza sagrada! ¡No... algunos ritos que nos recordarán nues-

tro pasado esplendor, algunas invocaciones al Dios del día, un piadoso recuerdo a nuestro último rey, al desgraciado Atahualpa, nuestro mártir, y nada más, créalo usted!... Y a fines del próximo mes, volveré tranquilamente a sus oficinas de la calle de Lima, señorita, para presentarle las letras de la casa franco-belga.

Las últimas palabras del indio tranquilizaron por completo a Raimundo. Una sonrisa de María Teresa y un mohín de Francisco Gaspar (nuevamente desorientado por el prosaísmo de aquel descendiente de los Incas, empleado en una casa de comercio), borraron los desagradables pensamientos que la palabra "Interaymi" hiciera cruzar nuevamente por la imaginación de los viajeros.

Raimundo miró el paisaje cuyo aspecto era cada vez más sombrío. El tren se deslizaba por el fondo de un abismo, entre dos murallones de espantosa elevación. En lo alto, en una faja de cielo de un azul deslumbrador, algunos condores desplegadas sus enormes alas, describían grandes círculos.

—¡Y por semejantes caminos vino Pizarro a conquistar el imperio de los Incas!—exclamó Raimundo—; pero, ¿cómo siendo su ejército tan reducido no fué completamente destrozado?

—¡Caballero—dijo con terrible ironía el empleado de la casa de comercio—, no fué destrozado porque "venía como amigo"!

—De todos modos, no se apodera uno así como así de un imperio. Cuando se dirigieron a Caja-

marca, ¿cuántos hombres acompañaban a Pizarro? —Habían recibido refuerzos—dijo el marqués retorciéndose el bigote—; "¡eran ciento setenta y siete"!

—Menos nueve—rectificó el indio del terno.

—O sean: ciento setenta y siete, menos nueve, igual a ciento sesenta y ocho, si no me engaño—murmuró Francisco Gaspar escribiendo en su semipiterno librito de apuntes.

—¿Por qué menos nueve? —preguntó María Teresa.

—Porque Pizarro—replicó el descendiente de Mama Runtu, que parecía conocer la historia de la conquista de Nueva España mejor que los descendientes de los españoles—hizo con sus nuevos compañeros lo que había hecho con los primeros. No les ocultó las dificultades de la empresa y les dió a escoger. Pizarro se detuvo en medio de la sierra para dar descanso a su fuerza y revistarla más detenidamente. ¡Oh, tienen ustedes motivo para estar orgullosos! En total eran entonces ciento setenta y siete hombres, de los cuales sólo setenta y siete iban a caballo. No había más que "tres arcabuceros" y algunos ballesteros, que en junto no excedían de veinte. Y "con estas fuerzas" se dirigió Pizarro al encuentro de un ejército de cincuenta mil hombres y contra un pueblo de más de veinte millones de habitantes, porque, bajo el imperio de los Incas, el Perú comprendía lo que ahora llamamos el Ecuador, el Perú, Bolivia y Chile. Entonces, señores, fué cuando se dió cuenta de que aún le seguían demasiados soldados.

Observó con inquietud que algunos de ellos tenían una expresión sombría y que estaban muy lejos de comunicar con su entusiasmo ordinario. Comprendió que si aquella disposición de ánimo se generalizaba le impediría llevar a cabo su empresa, y pensó que era preferible cortar de una vez la parte gangrenada a esperar que el mal se propagase a todo el ejército. Reuniendo sus hombres les dijo que su situación era tan crítica que exigía toda su energía. No podía pensar en proseguir la expedición quien dudase de la victoria. Si alguno se arrepentía de haber tomado parte en ella, aún podía retirarse. No tenía que hacer más que volverse a orillas del Oceano, a San Miguel, en donde Pizarro había dejado algunos compañeros. El, por su parte, seguido de aquellos que quisieran compartir su suerte, fueran muchos o pocos, proseguiría la aventura hasta el fin. Entonces se retiraron nueve: cuatro pertenecían a la infantería y cinco a la caballería. Los otros aclamaron a su general.

—Obedeciendo las órdenes del hombre que servía a Pizarro como un segundo hermano—exclamó el marqués—, mi antepasado Cristóbal de la Torre.

—¡Lo sabemos, lo sabemos! — repitió con su inquietante ironía el extraño empleado del Banco franco-belga.

—¿Y podríamos saber por qué nos cuenta usted todas estas cosas?—interrogó el marqués con altivez.

—Para probarles a ustedes que los vencidos saben la historia de “su país” mejor aún que los

vencedores...—replicó el otro inmediatamente y con un énfasis un poco ridículo para un hombre que tan bien llevaba el terno de la casa Zárate y Compañía (la mejor sastrería del paseo de Amancaes).

—¡Dios mío, qué hermoso es esto!—exclamó de repente María Teresa, que cortó por segunda vez la discusión llamando la atención de los viajeros hacia el paisaje.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
“ALFONSO REYES”
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

UN COLOQUIO EN LA OBSCURIDAD

EN aquel momento cruzaba el tren un puente desde el cual podía verse un panorama de una belleza sin igual. Enfrente, alzabase la cadena prodigiosa de los Andes—peñascos sobre peñascos—; más abajo, por una brecha de la montaña, percibíanse los bosques, siempre verdes, cortados aquí y allá por mesetas cultivadas a manera de jardines, con su chocita rústica suspendida en sus abruptas laderas, y, a poco que se levantase la vista, veíase el nevado picacho de los cerros que centelleaban al sol; espectáculo que ofrecía una mezcla tan salvaje de grandiosidad y de belleza como ningún otro paisaje de montaña puede ofrecer.

Pero este espectáculo era aún más terrible que hermoso, y los abismos que el tren cruzaba a cada instante hacían estremecer a María Teresa, que apoyada en el brazo de Raimundo y pensando en la insensata audacia de los “conquistadores”, murmuró:

—¡Y, sin embargo, esta muralla no pudo detener a los soldados de Pizarro!

Desgraciadamente estas palabras fueron oídas por el indio que, esta vez, replicó con acento francamente hostil:

—¿No es verdad que hubiéramos podido destruirlos?

Al oír esto el marqués se acercó de un salto al descendiente de los reyes incas. Se empinó, y dándole despectivamente unos golpecitos en el hombro, le dijo:

—¿Por qué no “lo hicieron ustedes”, señor?

—¿Porque “nosotros no somos traidores”!

Raimundo no tuvo tiempo más que para coger por la cintura y sujetar entre los brazos al vehementemente marqués, que ya se lanzaba como un bólido contra el insolente indio.

En aquella situación Cristóbal se agitaba como un endemoniado y estaba soberanamente ridículo. Algunas palabras de María Teresa consiguieron calmarle casi instantáneamente. La joven, que conocía el orgullo de su padre, le hizo comprender, a media voz, cuánto se rebajaba, él, marqués de la Torre, discutiendo con un humilde empleado del Banco franco-belga.

—Tienes razón—declaró Cristóbal irguiéndose y dirigiendo a su interlocutor, que no se había movido, una mirada de una insolencia tal que Huayna Capac Runtu palideció. El indio había comprendido también el sentido de la observación de María Teresa, y la cuestión estaba a punto de tomar un giro más desagradable aún, cuando el

tren se detuvo. La línea, que en aquella época estaba en construcción, terminaba allí. Faltaban unos cuarenta kilómetros para llegar a Cajamarca, y estos cuarenta kilómetros tenían que recorrerlos en mulas, porque se hallaban en plena sierra.

A los viajeros, por lo demás, les entusiasmó lo pintoresco del campamento, en donde iban a pasar la noche. En las laderas de los montes habían construído algunas barracas de tablas, en las que se alojaban los obreros. Alrededor de la cantina había hasta media docena de tiendas bastante cómodas, en donde se instalaban los viajeros que no tenían que marchar a Cajamarca hasta el día siguiente. Unas treinta mulas pastaban la escasa hierba, en completa libertad. Los eternos “gallinazos” seguían describiendo amplios círculos en el cielo teñido de púrpura. La comida servida al borde de un barranco, del que ascendía la música tumultuosa de un torrente, fué muy alegre. El empleado del Banco había desaparecido. María Teresa se lo encontró de repente junto a su tienda, ya de noche. La saludó humildemente y le pidió perdón por el incidente del tren. Aseguró que no había creído que sus palabras, que se referían a sucesos tan remotos, pudiesen disgustar al señor marqués, a quien respetaba profundamente. Por último añadió que sabía que el marqués estaba en muy buena armonía con el director del Banco franco-belga, y que confiaba en que aquel incidente no tendría consecuencias.

La joven le tranquilizó, disimulando la risa. ¡El

feroz descendiente de los incas tenía miedo de perder su destino!

Cuando el indio se alejó, María Teresa corrió a contarle todo a su padre y a Raimundo, que se rieron muchísimo. Luego todos se acostaron, el tío Ozoux, que pasó gran parte de la noche poniendo en orden sus notas y escribiendo una larga carta a su importante periódico de la noche, carta en la que decía que estaba rehaciendo toda la historia de la conquista del Perú, con ayuda de Pizarro y de un indio descendiente de los reyes incas. Describía a este indio atribuyéndole los rasgos y el aspecto más salvajes del mundo; adornaba con plumas sus cabellos y, como es natural, olvidaba decir que se vestía en una sastrería de Lima.

María Teresa, como todas las noches, desde aquélla en que se aparecieran en su balcón el cráneo "en forma de pilón de azúcar", el cráneo "en figura de capacete" y el cráneo que semejaba una "maletita", durmió con un sueño bastante agitado.

Daba vueltas y más vueltas en su cama de campaña, sin lograr el descanso de que tan necesitada estaba.

De repente se sentó en el lecho, prestando oído. Habíale parecido oír afuera, junto a su tienda, una voz muy conocida.

Deslizóse sin hacer ruido hasta la puerta de lona de su improvisada alcoba, y, levantándola con una mano, pudo ver lo que sucedía afuera. Dos sombras se alejaban iluminadas por la luna.

Inmediatamente reconoció al empleado del Ban-

co franco-belga, pero vaciló ante su acompañante, al que no veía el rostro. Al fin las dos sombras se detuvieron, se volvieron hacia la tienda, que señalaron con la mano, y esta vez María Teresa no pudo contener una exclamación—: ¡Huáscar!

¿Qué hacía allí Huáscar? ¿Y qué significaba aquel coloquio, a media noche, enfrente de su tienda, con aquel irregular Huayna Capac Runtu? ¿Por qué señalaban la tienda en que ella descansaba? ¿Qué quería decir todo aquello?... Los dos bultos echaron a andar nuevamente. En aquel momento, el relincho de un caballo turbó la paz de la noche. Y la joven vió el caballo que, atado a una estaca, píaaba de impaciencia. Huáscar saltó a la silla mientras el empleado del Banco desataba al bruto sin interrumpir por ello la misteriosa conversación, y señalando de cuando en cuando la tienda de María Teresa. Al fin el jinete se ocultó tras de las tiendas, y el empleado desapareció al mismo tiempo que él. Todo recobró la calma, y la pequeña meseta en que acampaban los viajeros quedó desierta.

APARECE HUÁSCAR.—¿CRUEL ALUCINACIÓN?

MARÍA Teresa no pudo cerrar los ojos en toda la noche. Aquella inesperada reaparición de Huáscar la preocupaba, y no era de lo más a propósito para calmar la inquietud, a la sazón latente en el fondo de su corazón, por más que intentase sofocarla, y que apenas se atreviese a confesarla a sí misma, porque se avergonzaba de lo que ella llamaba su pusilanimidad.

¿Tenía algo que temer de Huáscar? No podía creerlo. Se daba exacta cuenta de que el indio la amaba, pero como un perro fiel, y hubiese jurado que podía contar con su adhesión en el caso en que corriese algún peligro.

¡Y sin embargo!... ¡Sin embargo!... Sin embargo, ¿qué? ¿De qué peligro se trataba? ¿Le daban ganas de abofetearse! Se consideraba más tonta que las dos viejas que vivían en Lima, consagradas a sus recuerdos, en medio de sus vetustos muebles, con sus estúpidas consejas. Resolvió no hablar a Raimundo ni a su padre de lo que había visto aquella noche. No quería pasar por

una chiquilla que se asusta de las gentes que se pasean a la luz de la luna.

Pero se dijo que a la primera ocasión interrogaría muy categóricamente a Huayna Capac Runtu.

Esta ocasión se presentó al comenzar la jornada al día siguiente.

Todos los viajeros se habían puesto en camino montados en sus mulas. El pequeño grupo formado por María Teresa, el marqués, Raimundo y Ozoux, iba a la cabeza. Francisco Gaspar, que había saltado a la silla alegremente, quiso apear-se cuando el camino le pareció demasiado peligroso. Montado en su mula se creía diez veces a mayor altura de los precipicios que si hubiese ido a pie, y en algunas ocasiones hubiese querido trepar por el sendero a cuatro patas, para mayor seguridad. Al ver a su mula como suspendida al borde de una roca, sentía un terror insensato. Temía que resbalase a cada instante. Incapaz de resistir más, se detuvo, y como en aquel momento no podían pasar dos mulas de frente por el sendero, obligó a detenerse a toda la caravana.

Lo peor era al intentar apear-se; se agitaba con tal torpeza, que estuvo a punto de hacer perder el equilibrio a su montura. Le gritaron que permaneciese quieto. El contestaba que consentía en no bajar, pero que no daría un paso más. Su situación era de las más ridículas.

En esto, el empleado del Banco se apeó de su mula, y deslizándose por entre las peñas y las caballerías llegó hasta la mula que montaba Fran-

cisco Gaspar, a la que cogió por la brida, obligándola, con gran habilidad, a franquear el paso difícil, a pesar de los aspavientos del tío. Raimundo, el marqués y María Teresa tuvieron que darle las gracias. María Teresa, montada en su mula, se encontró a su lado.

—¡Buenos días, señor Huayna Capac Runtu! —dijo con amable sonrisa.

—¡Bah, señorita, dejemos todos esos nombres ilustres que murieron con mis antepasados; hoy día sólo tengo derecho a usar aquél con el cual me conocen en el Banco! Me llamo Oviedo... sencillamente.

—¡Ah! Ahora recuerdo...; sí, sí, le he visto varias veces a fines de mes. Oviedo, del Banco franco-belga... Pues bien, señor Oviedo; ¿podría usted decirme qué es lo que hacía esta noche, cerca de mi tienda, con mi antiguo empleado Huáscar?

Oviedo Huayna Capac Runtu no pestañeó. Pero su mula resbaló ligeramente. La contuvo con mano firme.

—¡Ah! ¿vió usted a Huáscar? Llegó a media noche al campamento e hizo que me despertasen. Es un antiguo amigo. Sabía que yo iba a Cajamarca, y como él también va a allá, no quiso pasar sin estrecharme la mano. Efectivamente, estuvimos un rato cerca de la tienda de usted. Cuando supo que estaba usted allí (se lo dije yo), me recomendó que velase por usted... y se marchó en seguida.

—¿Y por qué necesito que alguien vele por mí?

—preguntó María Teresa—. ¿Corro algún peligro?

—¡Ninguno! ¡Pero corre usted el peligro a que todos estamos expuestos aquí! Estos desfiladeros son peligrosos. Una mula puede dar un paso en falso. Eso sucede muchas veces. Una silla mal puesta puede torcerse... y causar la muerte. Eso es lo que quería decir Huáscar, y por eso es por lo que yo escogí esta mañana la mula que usted monta y por lo que yo mismo la cinché.

—Gracias, caballero—dijo la joven con un tono bastante seco, porque se sentía en extremo mortificada.

En aquel momento se acercó a ella Francisco Gaspar. Ya había recobrado su sangre fría, porque a la sazón el sendero era más ancho. Habló con desenvoltura de aquel camino de cabras y trató de disculpar su miedo.

—La verdad es —añadió— que me pregunto ¿cómo pudo pasar Pizarro por aquí con su pequeño ejército?

María Teresa dirigió al académico una mirada que seguramente le hubiera hecho rodar al abismo de haberla sorprendido el sabio. Pero Francisco Gaspar cometía las indiscreciones con la mayor tranquilidad del mundo y llevaba la conversación al terreno que le interesaba, por peligroso que fuese.

—Sí, es increíble—replicó el empleado—. Pero, mire usted, siempre me ha gustado estudiar este problema. A veces el camino era tan difícil, que en muchos sitios los jinetes tuvieron que apearse

y llevar sus caballos de las riendas, trepando como Dios les daba a entender. Un paso en falso podía precipitarles a abismos de millares de pies de profundidad. Los desfiladeros de la Sierra, practicable para el indio medio desnudo, resultaban imponentes para el hombre de armas cargado con su armadura. Todos estos senderos presentaban, evidentemente, puntos de defensa, y los españoles cuando entraban en estos desfiladeros rodeados de rocas, debían buscar con una mirada recelosa al enemigo.

—Pero, ¿qué hacía el enemigo entretanto?—interrogó Raimundo acercándose a su vez.

—El enemigo no hacía nada, “señor”...; el enemigo esperaba, al otro lado de la Sierra, la “visita” de los españoles... Había habido un cambio de mensajes del que resultaba que debían encontrarse como “amigos”...

—Dispense usted, señor empleado del Banco franco-belga—dijo el marqués—; ¿quiere usted permitirme una pequeña observación, una pregunta?... ¿Cree usted que si el rey Atahualpa hubiese podido imaginar por un segundo que sus cincuenta mil hombres no podrían defenderle contra ciento cincuenta españoles, hubiera esperado en su tienda a Pizarro y a sus compañeros? No se dirigió contra ellos porque despreciaba su debilidad... sencillamente. ¡E hizo mal, señor Runtu!

El indio se inclinó humildemente en su silla.

—Sí, señor marqués, hizo mal.

E irguiéndose en tanto que su mano señalaba